

# Pedir lo imposible

Edgardo Malaver Lárez



*Letras sin virtud son perlas en el muladar.*

*Cervantes*

Este año, como todos los otros, publicamos lo más hermoso que hemos hecho en el año anterior. El mismo entusiasmo, la misma alegría, la misma juventud, pero este número de *Eventos* no es como los anteriores. Tenemos siete capítulos, como habitualmente tenemos, pero uno de ellos, esta vez, tiene una palpitación diferente que inunda todo lo demás. La profusión de material gráfico es la acostumbrada, las palabras sabias siguen estando presentes, los logros son evidentes, pero la voz de *Eventos* en esta ocasión es más bien un grito. Y este grito se suma al ruidoso pregón que ha estado lanzando la Escuela de Idiomas Modernos en medio del rebullicio constante de la Universidad Central de Venezuela, que no se diferencia de la desazón, del desesperado enfado que siente en estos tiempos toda la educación superior venezolana.

Nuestro séptimo capítulo, por ejemplo, titulado “Nuestra memoria gráfica”, recoge fotografías de todos los eventos que hemos organizado, incluso de algunos que no aparecen aquí en forma de textos, pero también muestra algo más: fotos de las manifestaciones en que estudiantes y profesores se han involucrado para reclamar derechos y defender a la universidad, para recordar a toda la sociedad cuál es su lugar en ella y la conciencia que tiene de él.

En el sexto capítulo, “En pos de la huella de *Eventos* VIII”, recordamos la presentación del número anterior de la revista; pero el tercero, el cuarto y el quinto, titulados, respectivamente, “La mirada propia en la palabra del otro”, “*Vestigium*: tras las huellas en el camino” y “El ser y sus voces”,

están en el corazón mismo de la actividad de la escuela, de la razón por la cual existe: la investigación en las lenguas que estudiamos y su didáctica, la traducción, la interpretación, la lingüística, la literatura, la cultura, el saber teórico y práctico de nuestro oficio... y es eso lo que estamos defendiendo. Es ese el punto culminante de toda manifestación, de toda marcha, de toda asamblea: la convicción de que la universidad tiene que construir ese camino, transitar por él y por ningún otro cuyo destino sea dudoso. La universidad tiene que desmalezar su patio, pero no venderlo a precio de gallina flaca y mucho menos cederlo por debilidad al primero que le ofrezca cuatro centavos.

La docencia, la investigación y la extensión, la suma de las tres, son lo que cohesiona el sentido esencial de la universidad —no de la UCV: de todas—, y de eso tratan esas tres secciones de la revista esta vez; siempre es así, pero hoy tiene el acento explícito puesto en la defensa de esa concepción, a un tiempo una y trina.

El segundo capítulo, “Imaginación y verbo”, que podría pensarse un capítulo más relajado, más placentero, menos puntiagudo que los otros, que acumulan un poco de mayor rigor, es, sin embargo, otro de los puntos centrales de nuestro trabajo: la creación artística de nuestros estudiantes y profesores, sus ímpetus humanistas, las ansias más interiores de los seres humanos son, claramente, órganos vitales de la universidad moderna, como lo era en la antigüedad. El científico y el humanista que nacen en la universidad, el economista y el filósofo, el veterinario y el periodista son también lo que llevan dentro, y ese interior respira mediante la palabra y la imagen poética, cotidianas como la luz del sol.

Sin las universidades autónomas y de mentalidad abierta, donde todos tienen derecho a la existencia y a la expresión, restarían pocos espacios para esas resonancias del espíritu. Y eso hay que defenderlo a capa y espada... o a papel y lápiz.

La bisagra de esta edición, entonces, es el capítulo I, “Ser ucevista”. Este fue el tema del I Concurso de Ensayo ideado por el Comité de Conflicto de la Escuela de Idiomas Modernos para “construir la identidad más representativa de los ucevistas y ponerla en relieve en este momento de crisis que vive la universidad”. La Unidad de Extensión abrazó la iniciativa y puso a disposición del Comité de Conflicto su experiencia en estos menesteres, difundió las bases, recibió los textos de los participantes, procedentes de diversas escuelas de toda la UCV, y dejó en manos de sus creadores la discusión sobre las cualidades del material y la elección de los ganadores. Al final resultó premiada la profesora Isabel Matos, del Departamento de Inglés de nuestra escuela, y obtuvieron menciones especiales las estudiantes Mónica Duarte y Thaís Castro, de las escuelas de Comunicación Social y de Letras, respectivamente.

Los tres textos aparecen en esta edición de *Eventos* y ciertamente nos ofrecen densas ideas acerca de la imagen que todos tenemos de lo que significa ser miembro de la comunidad de la UCV. En los tres casos se observa cómo el presente siente un profundo respeto por la tradición, una larga tradición que se acerca ya a los 300 años, pero confía mucho en el futuro, basándose siempre en lo que el Libertador llamó *moral y luces*. Y, nuevamente, he ahí la piedra angular de la presente situación, el punto inalterable e irrenunciable de las universidades autónomas —y de todas las universidades

serias, en realidad— ante las pretensiones ilegítimas del pensamiento único.

“Ser ucevista” también está dedicado a todos los estudiantes, profesores y egresados que, soltándose a su amor por la universidad, hicieron su ofrenda de ideas para sustentar la protesta ante una situación que, por más convenciones colectivas que se firmen, difícilmente cambiará mientras las autoridades nacionales sigan castigando la educación de nuestros jóvenes con su mirada más desdeñosa y hostil; mientras apunten, sin confesarlo, a la confiscación del bienestar estudiantil, la libertad de cátedra, el achicamiento grosero e indignante del presupuesto, la estridencia politiquera en espacios concebidos para el diálogo, la reflexión y el estudio y, como si faltara algo, la indetenible catarata de insultos hacia toda la comunidad universitaria —que en el caso de los docentes sobrepasa los 42.000 ciudadanos.

Esas autoridades, además, promocionan la idea de que en realidad no existe crisis alguna y que las universidades están haciendo exigencias desmedidas y excesivas. Desmedidas y excesivas son, sin embargo, las deficiencias con las que hay que sobrevivir diariamente en la universidad; desmedido y excesivo tiene que ser el problema que punza todos los días a los universitarios de toda Venezuela para que más de 50 estudiantes hayan llegado al punto de embarcarse en una huelga de hambre en la Universidad de los Andes y en la Universidad del Zulia; desmedida y excesiva debe haber sido, es aún, la crisis de la educación superior para que un nutrido grupo de profesores y empleados de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado haya decidido caminar desde Barquisimeto hasta Caracas para exponer la gravedad



*Luisa Teresa Arenas Salas, coordinadora de Eventos, es también recolectora de gazapos ortográficos. ¿Cuál aparece en la fotografía?*

de la situación ante un ministerio sordo. Casi 400 kilómetros, una distancia que en la época de la Conquista solo era recorrida, y a caballo, por hombres con muy pocos escrúpulos y casi ningún estudio con la única ambición de encontrar oro. Estos universitarios, más de 400 años después, fueron recibidos por el cariño del fuego y las bombas lacrimógenas.

En realidad, las universidades venezolanas en conflicto están pidiendo menos de lo que merecen. En realidad habría que asumir la actitud que aconsejaba aquel grafiti pintado por algún estudiante rebelde en las paredes de la Facultad de Letras de la Sorbona en mayo de 1968: “Sean realistas: pidan lo imposible”. ¿Qué es lo imposible? Si lo imposible es que los estudiantes de las universidades nacionales y autónomas reciban becas que no luzcan discriminatorias y que no los hagan sentirse menos ciudadanos y menos estudiantes que los de las universidades “nuevas”, entonces hay que pedir lo imposible. Si lo imposible es oponerse a que bandas de mercenarios hagan destrozos y disparen a diestra y siniestra dentro del campus, entonces hay que pedir lo imposible. Si lo imposible es que no se les abra juicio a los dirigentes sindicales de los profesores por llamar a una protesta garantizada por la mismísima Constitución, entonces hay que pedir lo imposible. Si lo imposible es que haya libros en las bibliotecas, que haya cloruro de sodio en los laboratorios, que no se venzan las suscripciones a las revistas indexadas internacionales en línea por falta de dólares, que los autobuses de los estudiantes estén en buen estado y que nadie los incendie en las puertas de los rectorados, que haya con qué comprar la comida del comedor... si eso es lo imposible, entonces la verdad es que, siendo realistas, hay que exigir lo imposible porque, de otra

forma, parece que no se logra siquiera lo razonable.

¿Qué es lo imposible? ¿Tener dignidad y aspirar a crecer en paz? ¿Qué pedían, por ejemplo, los firmantes del Acta de Independencia de 1811 —texto que, por un azar que ya no buscamos comprender, publicamos aquí, un año después de lo pautado, traducido al inglés y al francés—? Conviene, en un momento como este, volver a deletrearla, volver a saborear la justicia de sus exigencias. ¿Qué dice que sea pertinente mencionar ahora que han pasado 200 años y Venezuela y sus universidades están otra vez ante una crisis inmensa? Algunas de sus palabras ciertamente parecen escogidas por un clarividente para justificar las demandas actuales:

que por la declaratoria de Independencia han obtenido los habitantes de estas provincias [...] la dignidad y honrosa vestidura de ciudadanos libres, que es lo más apreciable de la sociedad, el verdadero título del hombre racional, el terror de los ambiciosos y tiranos, y el respeto y consideración de las naciones cultas, deben por lo mismo sostener a toda costa esta dignidad.

Juzgando solo por lo que hemos leído tanto en los periódicos, las universidades venezolanas se han comportado inspiradas por el espíritu de 1811.

¿Cómo lo han hecho? Responde la pluma de Francisco Isnardi, principal redactor del Acta:

sacrificando sus pasiones a la razón y a la justicia, uniéndose afectuosa y recíprocamente; y procurando



Yajaira Arcas, cocompliadora de Eventos, un teletrabajo satisfactorio

conservar entre sí la paz, fraternidad y confianza que hacen respetables, firmes y estables los estados, cuyos miembros proscriben las preocupaciones insensatas, odios y personalidades, que tanto detestan las sabias máximas naturales, políticas y religiosas.

El documento anuncia la aplicación de las más severas penas a aquellos “que de cualquier modo perturben la sociedad y se hagan indignos de los derechos que han recuperado por esta absoluta independencia ya declarada y sancionada legítimamente con tanta razón, justicia, conveniencia y necesidad”.

Los hombres de la Independencia también pedían algo que hasta días antes parecía imposible: desprenderse de la corona española, el imperio que dominaba para entonces la mitad del mundo. Pero estos hombres tenían los pies en la tierra, precisamente, porque estaban pidiendo lo imposible. ¿Los profesores universitarios venezolanos están pidiendo lo imposible al exigir un presupuesto justo, respecto a la autonomía y un sueldo acorde al significativo trabajo que hacen o están poniendo en obras el derecho a la dignidad y a la justicia que nuestros padres firmaron en nombre nuestro y para nuestros descendientes?

Toda Venezuela espera la solución pacífica y razonable del conflicto universitario, que no es cuestión únicamente de dinero. Toda Venezuela necesita que la universidad, en los Andes, en Guayana, en Oriente, en los Llanos, en Centrocidente y en el Centro-Norte vuelva pronto a la ansiada normalidad, pero que lo haga arropada por el abrigo

de la justicia, para dedicarse, como cotidianamente lo hace, a parir ciudadanos libres e ideales nobles.

De esta razón y este empeño habla *Eventos* en su noveno año, una *Eventos* en que casi todos hemos escrito en primera persona, una *Eventos* que, como siempre, intenta incluir a todos los que aman a la Escuela de Idiomas y a la Universidad Central, pero también una *Eventos más plena y más grande porque esta vez es más ucevista que nunca*.



### Al cierre

En el momento de cerrar esta edición de *Eventos*, nuestra universidad había votado por la vuelta temporal a clases, un paréntesis en el conflicto para apoyar la posibilidad del diálogo iniciado. Se decidió que el día 14 de noviembre se evaluarían los avances de las conversaciones con respecto a los objetivos planteados.